

CUENTOS LIGEROS

LOS PAGANOS hacian de todo una divinidad; nosotros hacemos de todo una diversión[...]

Todos los Santos... ¡que se escandalicen todos los diablos!

Muertos... ¿Es cierto, muy cierto, muy señores nuestros de todo nuestro respeto y cariño, que ustedes no vuelben ya por acá, y que nos creen dados á la pena, á la lagrimita y al suspirito, comiendo sin sal y sin azúcar; bebiendo agua de la fuente ó de los arcos, con callos en rodillas, surcos bajo los lagrimales y el devocionario en mano?

¿Sí?... pues *viven* ustedes muy engañados: y para convencerlos y persuadirlos de todo lo contrario, ahora verán sus mercedes ¡Sus dolientes!. Hechid de dinero las escarcelas, las carteras y los bolsillos, y salid al comercio, visitemos los almacenes de tiendas de sastres y modistas, las más elegantes zapaterías, la guantería, la perfumería. ¿No hay modista? aceitemos la "¡Domestica!" ¿No hay máquina de coser? ¡Venga la costurera pesetera! ¿Tampoco hay esto? ¡Pues á cortar y coser cantando, á voltear la polonesa y el chaquet, á cambiar de adornos á los vestidos y sombreros á empeñar unas prendas para desempeñar otras! ¡A pedir dinero con el 50% al mes!

¡Ea! aquí están las inmensas calabazas para hacerlas en tacha, y los tejocotes para la jalea, y los huevos, y la leche, y las almendras para el turrón! Agua se les ha de hacer la boca, á las calaveras y á las animitas.

¡Venid acá chicuelos! allí teneis todo el mundo de la muerte en miniatura, hecho de carton, papel, barro y tejamanil! he ahí el negro catafalco, con sus candeleros de cañaveral, su fúnebres cuartetos impresos en los costados y su calavera de azúcar con su mitra de oropel: voltead la hueca pira y llenandola con sus animitas y borreguitos de alfeñique, con trinitarios de cabeza de garbanzo y ciriales y cruces de popote, con cochecitos-funebres enpenachados

con plumas de pavo, con muertitos amortajados que se sientan con un hilo y con amarillas muertitas que leen sentadas, y con gafas, todas temblorosas, fragmentos impresos de "El Tiempo" y de "El Valedor"

¿Quereis más? Ah la mesita de la ofrenda con su mantel encarrujado, su frasco de vino, su bizcocho de muerto, y su tumbita coronada por una calavera de barro! Aún más? ¡Sí un entierrito de estira y afloja con hospicianos vestidos de negro y obispos vestidos de morado! ¿Más todavía? La fruta ivenga el hondo canasto y hechidlo de fruta de la estación! Id arrojando en él guacamotes tamaños como cirios y jícamas tamañas como calaveras; las doradas y las almibaradas naranjas y el dulce camote morado y amarillo; el helado y el espinoso chayote y el carnozo y azucarado plátano; la exquisita chirimoya y los enmelados rollos de camote que-retano, las verdes y jugosas limas y el coco blanco y fresco; los olorosos perones y otros muchas frutas tan variadas como incitantes.

Entremos ahora á la anticuada cerería y compremos media docena de gruesos cirios vestidos de rosas negras[...] y gardenias, nardos, y violetas; con ramilletes rústicos de negras y espinosas bellotas y de pajizos plumeros, y con coronas de musgo que de ciprés de simprevivas y de inmortales.

A casa! Ensendamos su blanca cera á los niños; vengan los gigantescos bizcochos de á duro cubiertos de azúcar en grano, y el cesto de la fruta, y los enlutados cirios de los mayores, y pongamós la ofrenda a los parientes difuntos. ¡Extraño fulgor derrama la llama de la cera en la estancia! Semejante a una agudizada lengua de oro, lame el aire y llama la atención de los niños que la miran un momento pensativos, para retirarse después á un rincón para practicar la cruel anatomía de los juguetes, riendo á cada apuntación violenta que hacen ellos.

Hoy no pasamos á la mesa, nanita; dénos usted aquí chocolate y biscochos rociados con azCc. Venga el cuchillo: qué inmensas rebanadas color de huevo! Lleve usted ese

biscocho grande para las muchachas. Los niños no quieren chocolate: vienen hartos de calaveras de dulce, de nieve de leche y de mamones. Déles usted una poca de agua y acuéstelos, porque mañana a las cinco hemos de estar en el Zócalo todos para tomar los wagones y llevar la cera y las flores al panteón. Ahora vamos a dar la última mano á los vestidos nuevos. ¿Ha hecho usted todas las compras con anticipación? ¿Han traído toda la ropa blanca? Supongo que dejaría usted muertos y descuartizados el guajolote y la pipilita, y que habrá usted mandado al rastro por la cabeza del señor. Bueno. Ya sabe usted que es cosa de él que come con salsa borracha y pulque de piña sólo en días como mañana y el doce del que entra; para nosotros, mole como platillo principal; el niño come mañana en la Concordia. Ah! muy temprano la leche y el pulque. Se me olvidaba: mañana oímos todo el mundo tres misas.

Reparta usted esta friolera entre las muchachas, y adviértales que ninguna se vaya a vestir de verde ó de colorado. No hay de qué. Hasta mañana!

Y á la mañana siguiente al ver entrar, y salir de los templos enlutadas muchedumbres, y al oír en los campanarios esa ruidos ay melancólica escala descendente que se le llama doble, y al ver marchar rumbo a los panteones multitud de wagones tripulados por compactas masas humanas, entre las que se distinguen caras pálidas, unas y otros apopléticas, torzos completamente escorzados, y pies batiendo el aire, manos abiertas buscando apoyo, y montones de coronas de yerba y de flores, de trapo y de cuentas, ramos de semillas secas y de zacate dorado inmensos *banquets* y cirios de todas dimensiones; al ver todo esto cualquiera creería que la sociedad toda era una gran familia de dolientes, que con el luto en las ropas y el corazón iban á regar de flores que de lágrimas las sepulturas de sus muertos...

Pero si algo llora frente á ellas es sólo la cera, que deja su blanca huella de lágrimas en las ropas y en los sombreros y en las losas del panteon.

¡Dichosa la sepultura, sin luces, flores ni adornos!

La profana curiosidad de los vivos pasará de largo ante ellas!

¡Pobre tumba en cuya lápida haya grabado el amor y el dolor su grito de duelo, su frase del íntimo cariño, su sagrada y eterna despedida! El crítico inberbe, que no sabe la verdadera ortografía de su nombre, se parará ante ella con el cigarro en la boca y la estupidez en la sonrisa y señalando la fúnebre inscripción á sus amigos ó á su barragana, tan necios como él, criticará burlonamente el nombre, el verso, la idea, la incorrección gramatical que en ella vea, y se alejará risueño y triunfante, pellizcando á las gatas, y ofendiendo á las pollas con sus cínicas miradas.

Y alrededor y al pié de los artísticos y religiosos monumentos sepulcrales se verá á la gente del pueblo arrancando la carne de las cabezas de carnero con los enchilados dedos enpinandose los jarros de pulque como en mudos y plebéyos brándis á los muertos.

Y el panteon parecerá haber sido asaltado y acampado por tribus bárbaras que lo examinan todo con curiosidad y lo destruyen con malicia; y cuando allí salgan con el muchacho montado en hombros y abrazando á la mujer por la espalda, enmedio de las oleadas de gente que asfixian á los niños y á los ancianos que ultrajan el pudor de la doncella y la casada, que vacian los bolsillos y hasen agitarse en alto los negros bastones de los fastidiados gendarmes; cuando así salgan, digo, se dispersarán, en la prolongada calzada y el abierto llano, y á la sombra de los arboles ó de las nubes, sentados en estrechos círculos, consumirán alegremente, como en la más animada de las ferias, millares de carneros hechos barbacoa y millares de toneles y corambres pletóricos de pùlque, riendo y cantando alrededor de la mansión de la muerte, como arrojándole el guante á las puertas mismas de su tétrico palacio.

Y después como un complemento indispensable á la feria de la muerte, aquella inmensa multitud repletade barbacoa

y de pulque irá apeñuscarse en las bancas del Zócalo, su paseo favorito, ó á gritar insensatamente alrededor del Kiosco, deleitándose con el populachero repertorio bailable del Sr. Rios toledano ó de otros de sus émulos.

La clase aristocrática, ó que presume de tal, por su parte, va á pasear las costosas y fantásticas creaciones de ese ogro que se llama Moda. á la luz del alumbrado eléctrico, de los farolillos venecianos y de las lamparas japonesas, creyendo cada cual de aquellas perfumadas y estiradas personas, que ella es la que empuña el cetro de la elegancia y de la hermosura, y la que se lleva tras sí todos los gestos de admiración y todas las sonrisas de la envidia.

También allí los directores de conciertos, conociendo el pésimo gusto filarmónico de la aristocracia del tanto por ciento, los deja sordos y hartos de polkas, schottich, mazurcas y danzas, tocadas á todo laton y á trompetazo limpio, para que sepan lo que reciben.

Aquella respetable concurrencia envuelta en seda y perfumes debe salir del *Salon de Conciertos* indigesta de luz eléctrica y de chorritos de agua; de heno, lana y eucalipto, de farolitos tricolores, y sobre todo de schottichs y mazurcas.

(*Diario del Hogar. Periódico de las Familias.* Año 5, n. 46, México, 8 de nov. 1885, p. 1.)